

*Nadie Puede
Encaminarse En El
Camino
De La Transformación
Si Antes No Se Convierte
En Discípulo*

2017 EDICIONES LUCAS

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta obra puede ser reproducida ni transmitida por ningún medio – gráfico, electrónico o mecánico, lo cual incluye fotocopiado, grabación y sistemas informáticos –sin el consentimiento escrito del editor.

Todas las citas bíblicas escritas y referenciadas han sido tomadas de la Versión Reina-Valera 1960. En cuanto a otras citas aclaramos la Versión de la Biblia de donde han sido tomadas.

Primera edición: febrero 2017

Escrito y editado por: Josué Galán y Wendy Cubías

Cualquier pedido o comentario hágalo a la siguiente dirección:

josuegalan@hotmail.com
www.vidadeiglesia.org
vidadeiglesiaorg.blogspot.com
asesalegal@gmail.com

EL-010217-014

Nadie Puede Encaminarse En El Camino De La Transformación Si Antes No Se Convierte En Discípulo.

Todos los seres humanos tenemos problemas emocionales debido a los conflictos que hemos tenido en la vida, además del pecado y la muerte que heredamos en Adán. En Cristo tenemos el camino a la liberación. Hay un camino genuino que puede darle inicio al proceso de transformación interior que tanto anhelamos. El Señor Jesús desea que nos parezcamos a Él, de manera que un día lo podamos reflejar; en palabras bíblicas podríamos decir que el Señor anhela que nos santifiquemos. La manera para alcanzar la transformación es hacernos discípulos del Señor.

En algún momento de nuestra vida cristiana todos llegamos a un punto en el que experimentamos que nuestra antigua manera de vivir vuelve a resurgir, de tal modo, que hasta nosotros mismos nos asustamos de lo

S
E
M
A
N
A
-
1
-
14
/
02
/
17

que somos. Algunos creyentes experimentan la pérdida del gozo de su salvación, otros ven que ya no hay cambios en sus vidas, y al contrario, creen que han retrocedido a su antigua manera de vivir. Tal experiencia, paradójicamente, es necesario vivirla porque nos lleva al punto de darnos cuenta que necesitamos ser transformados.

Si vamos a considerar la ruta que nos ha de llevar a la transformación interior, debemos tener conciencia que uno de los principios que el Señor nos da para que seamos transformados, es que seamos verdaderamente sus discípulos. El discipulado es el camino que debemos seguir para que progresivamente lleguemos a ser como nuestro Señor, manifestando Su Vida en nuestra propia vida, ya no viviendo nosotros a expensas del viejo hombre, sino por medio de Su Vida divina.

Ubicarnos como verdaderos discípulos del Señor es el inicio del camino de la transformación. Al ver La Escritura, el Señor quiso que todos nos convirtiéramos en Sus discípulos. El Señor nos muestra en los evangelios a quienes considera como verdaderos discípulos; para Él, los discípulos son aquellos que tienen la visión de llegar a

ser como Él, y por lo tanto, aceptan estar en una firme comunión con Él, y están dispuestos a que Dios desmantele todos los programas emocionales de felicidad que le dan vigencia a su viejo hombre.

Los que somos verdaderos hijos de Dios, a pesar de vivir ciertas crisis en nuestra fe, siempre tendremos la esperanza de ser transformados y liberados por nuestro Padre celestial. Este camino oscuro surge delante de nosotros en algún momento de nuestra vida, pero la luz empieza a atisbar cuando decidimos convertirnos en discípulos del Señor. Tal vez la mayoría se sientan abrumados al percibir en su interior que su hombre viejo está cobrando fuerza, y más, al saber que éste es un monstruo que puede destruirlos. Todos los Hijos de Dios vivimos esta experiencia, pero si bien es cierto que percibimos nuestro viejo hombre, de igual manera podemos percibir la Vida divina que nos fue dada en nuestro espíritu.

En la Biblia encontramos pasajes que nos hablan acerca de este viejo hombre, tales como:

Romanos 6:6 “sabiendo esto, que nuestro viejo hombre fue crucificado con El, para

que nuestro cuerpo de pecado fuera destruido, a fin de que ya no seamos esclavos del pecado”;

Efesios 4:22 “En cuanto a la pasada manera de vivir, despojaos del viejo hombre, que está viciado conforme a los deseos engañosos...”

Colosenses 3:9 “No mintáis los unos a los otros, puesto que habéis desechado al viejo hombre con sus malos hábitos”.

El apóstol Pablo nos dice que la mentira es típica del viejo hombre, y el pasaje nos deja ver que sí somos influenciados por éste; por otro lado, también Romanos 6 nos hace ver que el viejo hombre ya fue destruido. Ambos pasajes están en lo correcto; el pasaje de Romanos 6:6 dice que *“el cuerpo de pecado fue destruido...”*. El verdadero sentido de la traducción debería ser: *“sabiendo esto, que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él, para la desactivación del cuerpo de pecado”*.

En realidad nuestro problema actual es el viejo hombre. Nuestro viejo hombre es el falso “yo”, es el “yo” de nuestro pasado, el cual resultó de la conjunción de nuestra genética caída más los programas emocionales que hemos desarrollado a lo largo de nuestra vida.

Cuando vemos personas que no pueden dejar de fumar, o que tienen amarras a la pornografía, a la gula, a la borrachera, o a cualquier otro vicio del alma, es muy probable que es a causa de los programas emocionales que se gestaron desde su infancia.

En nosotros mismos está el detonante para que nos encaminemos a la transformación, y ésta se hace efectiva cuando nosotros nos disponemos a convertirnos en discípulos del Señor. Tenemos que entender que según Dios todos los que somos Sus hijos, tenemos que ser Sus discípulos. En lo natural es incongruente y desnaturalizado que un hombre procrea hijos y que no se dedique a ser su tutor, pero aunque así suceda en algunos casos, Dios no es así, Él quiere que nosotros lleguemos a ser configurados a Su imagen y semejanza.

Uno de los primeros pasos que debemos dar como creyentes, y que también es un pivote doctrinal en el Nuevo Testamento es el bautismo en agua. El bautismo es un acto físico donde emergemos, por medio de la fe, a vivir en la dimensión de lo que Cristo ya hizo por nosotros. El apóstol Pablo dice en *Romanos 6:4* *“Porque somos sepultados juntamente con él para muerte por el*

bautismo, a fin de que como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en vida nueva”.

Para nosotros esta experiencia es aplicable en el bautismo, pero para Dios sucedió hace dos mil años cuando Cristo murió y resucitó. Esta experiencia del bautismo permite que la Vida Divina que nos dieron comience a asentarse y a desarrollarse en nosotros.

Al leer el Nuevo Testamento nos damos cuenta que tanto en Los Evangelios como en el libro de los Hechos, los creyentes fueron considerados discípulos del Señor. Ante los ojos de Dios, toda persona que cree en Cristo tiene el potencial de llegar a ser Su discípulo y por ende, Él tiene en mente llevarlo por un camino en el cual ha de ser transformado. Dios tiene tal disposición para con nosotros, ahora bien, nosotros debemos aceptar esta realidad. Aquí es donde cobra sentido lo que hablábamos acerca del bautismo en agua, pues, es la misma figura; al sumergirnos en el agua aceptamos que morimos con Cristo, y al emerger aceptamos que andaremos en una vida nueva. El punto principal del bautismo es que llegamos a un “acuerdo” entre Dios y nosotros, pues, aceptamos la realidad de lo que Dios ya nos dio en Cristo, y por ende, aceptamos vivir una Vida nueva.

El discipulado tiene el mismo fundamento que el bautismo en agua; Dios ya decidió que todos los creyentes nos convirtamos en Sus discípulos, ahora, la pregunta es: ¿Hemos aceptado nosotros esta realidad? En su infinito amor y misericordia, el Señor todos los días está tratando de enseñarnos algo, todos los días nos lleva de gloria en gloria, tal como dijo el apóstol Pablo: *“estando persuadido de esto, que el que comenzó en vosotros la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Jesucristo”* (Filipenses 1:6). Dios, por Su parte nunca dejará de enseñarnos y entrenarnos como Sus discípulos, el asunto es que nosotros muchas veces nos desubicamos de ese plano. Es como en lo natural, muy importante es que el maestro imparta bien las clases a sus alumnos, pero no menos importante es que los alumnos atiendan lo que les dice su maestro. Dios por su lado siempre nos enseña, entonces, vale la pena preguntarnos: “¿Hemos aceptado nosotros ponernos en el plano de discípulos?”. El problema para alcanzar la transformación no estriba en Dios, sino en nosotros que no nos disponemos a permanecer en el plano de ser discipulados.

El Verdadero Discípulo.

Un buen maestro lo que hace primeramente con sus alumnos es hacerles ver que no saben nada, y demostrarles que lo que creen saber no sirve. No hay alumno más enfermizo e inepto para aprender que aquel que se cree igual a su maestro. El Señor Jesús en una ocasión dijo: *“El discípulo no es superior a su maestro; mas todo el que fuere perfeccionado, será como su maestro”* (Lucas 6:40). Cuando nosotros venimos al Señor, muchas veces nuestro conflicto es que creemos que en un par de semanas ya aprendimos todo lo referente a Dios, y en poco tiempo nos sentimos teólogos. Hay creyentes que vienen al Señor y creen que por haber sido “salvados” ya no tienen conflictos, y que ya todo en sus vidas es felicidad. ¡Cuán lejos están tales creyentes de una verdadera transformación y una vida de victoria!

En los Evangelios el Señor le llamó “discípulo” a todos aquellos que lo seguían. En otras palabras, el Señor

S
E
M
A
N
A
-
2
-
21
/
02
/
17

no fue selectivo, sino dejó que todo aquel que quisiera venir en pos de Él, lo siguiera. Esto fue así porque siempre estuvo en el corazón de Dios que el hombre fuera como Él. Todos los que creemos en Jesús podemos llegar a ser como Él. Somos nosotros, los creyentes de esta era, los que no hemos divorciado el hecho de ser “creyentes” con ser discípulos. Lo que muchos hacen hoy en día es decirle a las personas que crean en Jesús, pero casi nadie los insta a que se vuelvan Sus discípulos. Es más fácil decir que somos creyentes en el Señor, que hacernos Sus discípulos; hoy en día ya casi nadie quiere pagar el precio del discipulado. Bajo la perspectiva divina, todo aquel que es creyente es candidato a ser un discípulo. Dios no quiere que nos quedemos estancados, cada día que estemos en esta tierra debemos encaminarnos a la transformación. Ni siquiera en una posición de líderes debemos quedarnos estancados, cada vez debemos avanzar en pos de parecemos más a Cristo. Un padre debe parecerse a Cristo, un esposo debe parecerse a Cristo, y así, todos los creyentes debemos ir en pos de esa meta.

Ante los ojos de Dios todos los que hemos nacido de nuevo somos discípulos, pero el verdadero discípulo es el que acepta serlo, es

decir, aquel que reconoce que Dios lo necesita como tal. Esto del discipulado no es el único camino que el Señor nos puede revelar para que obtengamos nuestra transformación interior, pero con toda certeza podemos decir que éste es uno de los más eficaces.

Dice Lucas 6:40 *“Un discípulo no está por encima de su maestro; mas todo discípulo, después de que se ha preparado bien, será como su maestro”*.

En este pasaje podemos ver dos cosas:

a) *El discípulo debe estar por debajo de su maestro.* Esto quiere decir que el discipulado es una etapa en la que el creyente debe aprender a someterse. El que es un verdadero discípulo debe reconocer autoridad; esto no se trata sólo de reconocer que Dios es la autoridad, sino de reconocer la autoridad a través de los líderes de la Iglesia local. Todo aquel hermano que no acepte una ordenanza de parte de los líderes no es un discípulo, y por lo tanto, debemos esperar a que Dios los lleve al punto de que se rompan sus programas que los inducen a revelarse a todo tipo de autoridad. Una de las cosas iniciales que debemos aprender en el

discipulado es reconocer la autoridad, y no sólo a nivel de Iglesia, sino en todas las esferas. Por ejemplo, los hijos no sólo deben obedecer a los ancianos de la Iglesia, sino que deben ser obedientes primeramente con sus padres. Las mujeres igualmente deben someterse a sus maridos, y los varones también deben aprender a obedecer la autoridad de Dios a través de diferentes maneras. Muchas veces las hermanas son más entrenadas en cuanto a la autoridad porque constantemente se les dice que se sometan a sus maridos, pero muchos varones se vuelven intocables, creen que nadie les debe decir nada por ser la cabeza de la casa. También los varones deben ser discípulos, también los esposos deben romper sus programas emocionales, así como le tocó a Pedro cuando el Señor le dijo: *“Sígueme...”*. Un discípulo tiene que obedecer, tiene que estar entrenado en la obediencia.

b) *El discípulo debe de ser preparado con el fin de que llegue a ser como su maestro.*

Esto quiere decir que debemos tener conciencia de que estamos en la escuela del discipulado. Cuando reconocemos que somos alumnos, nos disponemos a ser discipulados.

El Discípulo Es Aquel Que Permanece En La Palabra.

El primer gran paso para alcanzar la transformación interior es que aceptemos el discipulado del Señor. Dice Juan 8:31 *“Entonces Jesús decía a los judíos que habían creído en El: Si vosotros permanecéis en mi palabra, verdaderamente sois mis discípulos”*. El Señor usa la frase: *“verdaderamente sois mis discípulos”* a manera de una condición. En otras palabras, hay una condicionante para ser “verdaderos” discípulos del Señor, esta es: *“Permanecer en su palabra”*. El que no cumple con esta condición no es verdadero discípulo del Señor, es un discípulo a medias. El discipulado necesita dos partes activas: un maestro dispuesto a enseñar, y un alumno dispuesto a aprender. Dios por Su lado siempre desea discipularnos, por lo tanto, nosotros debemos ser responsables con nuestra parte, que es ser discípulos.

Nosotros hemos mal interpretado las palabras del Señor en cuanto a lo que significa: “permanecer en Su palabra”, porque muchos creemos que se trata de “aprender”, “memorizar”, o “hablar” la palabra, pero no se refiere a ninguna de éstas cosas. La palabra

“permanecer” significa: “quedarse”, o “pernoctar”, como cuando alguien es invitado a quedarse a dormir en una casa, lo cual no implica una conversación propiamente, sino “estar”. Permanecer en la palabra, por lo tanto, no se refiere a una actividad lingüística o de razonamiento, sino a una actitud de estar cerca de la Palabra. Un discípulo debe tener esta actitud ante la “palabra”, debe estar cerca, debe estar atento. No estamos diciendo que no debemos leer, razonar, o memorizar la Biblia, está bien si lo hacemos, pero tengamos claro que eso no es “permanecer en la palabra” según lo que dijo nuestro Señor Jesucristo. La liberación que obtenemos a raíz de permanecer en la palabra no depende del coeficiente intelectual que tengamos, sino de cuanto permanecemos ante ella.

Luego el Señor dice en *Juan 8:32* “... *y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres*”. Este verso nos confirma que para ser liberados, o transformados, necesitamos conocer la verdad, lo cual, sólo se alcanza permaneciendo en la palabra, pero a su vez, esto sólo lo logran aquellos que adoptan una condición de discípulos. El Señor nos aclara el significado de “permanecer en la palabra”, porque dice en *Juan 8:36* “*Así que, si el Hijo os hace libres, seréis realmente libres*”. Acá ya

no dice que la verdad nos hará libres, sino que es el Hijo quien nos hace libres. La palabra que nos hará libres es el Hijo mismo, es Cristo, el logos de Dios. Quiere decir que si permanecemos en el Hijo (quien es la palabra) seremos verdaderamente libres. En el griego, el vocablo original que se usa para traducir “palabra” es *logos*. Es el mismo vocablo que aparece en *Juan 1:1* “*En el principio existía el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios*”. En este verso, “*logos*” lo tradujeron como “Verbo”, y en esencia se refiere a “Cristo” en su condición primigenia antes de poseer un cuerpo. El vocablo es el mismo que se usa en *Juan 8:31* donde el Señor exhortó a Sus discípulos a “*permanecer en el logos*”. Quiere decir que si permanecemos en Él, en el “*logos*”, llegaremos a ser verdaderos discípulos.

Tengamos en cuenta que el Señor nos dijo que “permaneciéramos con Él”, esto en ningún momento significa que le hablemos, o que le cantemos, es únicamente “estar delante de Él”. Estar con Dios no es orar en voz alta, o en público, más bien es “permanecer” callados delante de Él. Interceder, cantar, gemir, orar corporativamente y otras acciones de hablar para dirigirnos a Dios tienen su lugar y su ocasión, pero no confundamos eso con

“permanecer con Dios”. Tampoco debemos incurrir en procesos mentales bíblicos o de uso de la razón, más bien permanecer con Él es un asunto de “localización”. Cuando Adán cayó en pecado en el huerto, Dios llegó a buscarlo y le hizo una pregunta: *“Adán, ¿Dónde estás?”*; la pregunta no iba dirigida a querer saber la ubicación geográfica, sino que Dios percibió a Adán en otra dimensión, ya no “estaba” en el mismo plano donde Dios lo frecuentaba, sino que estaba evadiendo a Dios como su maestro; un verdadero discípulo debe permanecer delante de Dios.

El que permanece con Cristo, o sea, con el Logos, le acontecerá que conocerá la realidad. La realidad de Cristo es Su esfera divina, es lo que encontramos en nuestro espíritu, en otras palabras, es la acción de la contemplación. La Vida contemplativa es la manera en la que el Señor nos hace libres. El Señor está en nuestro espíritu, por lo tanto, es allí donde debemos estar para que el efecto de ello sea nuestra libertad. ¿Cómo hacemos esto? Sólo hay una manera: A través de “LA ORACION CONTEMPLATIVA”.

Si queremos entender de manera sencilla la oración contemplativa podríamos decir que ésta es: *“El desprecio de nuestro consciente ordinario (o natural) y la atención sencilla y suave a la persona divina”*. La manera más sublime y segura para estar con el Señor es a través de la contemplación, aunque no es la única forma. Pueda que existan otras maneras para estar en comunión con Dios, pero La Escritura y la experiencia de muchos místicos nos muestran que la manera más segura es la contemplación.

De manera más clara, “permanecer con Dios” es tener “comunión con Él”, es “posicionarnos delante de Él por medio de la fe”; si hacemos así, nos convertimos en verdaderos discípulos. Como ya dijimos, esta comunión de la que estamos hablando no se refiere a las reuniones de Iglesia, ni a ninguna otra actividad mística colectiva, sino a estar posicionado delante de Él de

una manera personal. Hemos mal entendido que la comunión con Dios estriba en hablarle a Él verbalmente, sin embargo, bajo la óptica divina lo que importa es que “estemos” delante de Él.

El apóstol Pablo dice en 2 Corintios 3:18 *“Pero nosotros todos, con el rostro descubierto, contemplando como en un espejo la gloria del Señor, estamos siendo transformados en la misma imagen de gloria en gloria, como por el Señor, el Espíritu”*. Note que este verso no dice que somos transformados por “hablar en la presencia de Dios”, sino por “contemplar la gloria de Dios”. Fue la religión la que nos enseñó que tener comunión con Dios es hablar solamente, pero la doctrina apostólica no nos enseña eso. Acerca de esto también podemos leer los siguientes versos:

1 Corintios 1:8 *“el cual también os confirmará hasta el fin, para que seáis irreprehensibles en el día de nuestro Señor Jesucristo. v:9 Fiel es Dios, por medio de quien fuisteis llamados a la comunión con su Hijo Jesucristo, Señor nuestro”*.

Hebreos 4:16 *“Por tanto, acerquémonos con confianza al trono de la gracia para que*

recibamos misericordia, y hallemos gracia para la ayuda oportuna”.

Estos versos nos dicen claramente que nos llamaron a estar en “comuni3n con el Hijo”, a acercarnos a él confiadamente. En ning3n momento nos est3n diciendo que “le hablemos”, o que “oremos voz en cuello”, m3s bien, lo que nos dice es que nos acerquemos a él bajo un sentido de territorialidad o de posici3n. Es ac3 donde entra la necesidad de orar contemplativamente, o de practicar la oraci3n contemplativa. Esta oraci3n, como su nombre lo indica, no consiste en hablar, sino en contemplar al Señor. Al orar de manera contemplativa lo que hacemos es atender al Señor por medio del espíritu, lo atendemos no por medio de las funciones mentales, sino por el espíritu. Orar contemplativamente consiste en despreciar nuestro “yo”; es poner nuestra conciencia ordinaria a un lado, y darle una única importancia a Dios; esto es “permanecer con él”.

Acerca De Los Programas Emocionales

Los programas emocionales para la felicidad son todas aquellas cosas que, a raíz de nuestras experiencias de extremo placer, o de

dolor, que experimentamos desde el día que nacimos en este mundo, fueron creándose con el fin de ser un antídoto o un realce a la felicidad que todos buscamos de forma innata. Los seres humanos fuimos creados por Dios para ser felices, para que disfrutemos del amor y el bienestar en la vida de una forma ilimitada. Si caminamos el camino de transformación, un día podremos llegar a vivir una vida plena de amor porque el amor es Dios mismo. La Biblia dice que un día estaremos con el Señor eternamente, y la vida será placentera en todo sentido, aún en aquel día Él enjugará toda lágrima de los ojos, y ya no habrá muerte, ni habrá más duelo, ni clamor, ni dolor, porque las primeras cosas habrán pasado. Sí hay pruebas de la felicidad sin límite que el Señor quiere darnos, sólo que hay un problema para obtenerlo en nuestro presente a raíz de la caída de Adán y las experiencias que vamos obteniendo en esta vida.

Todos los seres humanos tenemos grandes problemas en nuestro interior debido al impacto que nos han causado las circunstancias de la vida. Por ejemplo, cuando un niño no puede gustar del cariño maternal por “a” o “b” razón, él busca inconscientemente la manera de ser feliz a

pesar de no tener a su madre. A veces se ven niños muy aferrados a algún juguete o algún otro objeto, y la razón es que algunos de ellos no tuvieron madre, padre, o tuvieron algún trauma en su niñez que los golpeó tanto, que necesitan estar pegados a algo que les de seguridad y felicidad, a este tipo de actitudes me refiero cuando hablamos de la manera en la que fuimos gestando programas para la felicidad. Todas estas programaciones son las que forman al viejo hombre, o lo que algunos psicólogos llaman “El falso yo”.

El hermano Thomas Keating dice en su libro: “Invitación a amar”, que la mayoría de programas que el hombre crea, tienen relación en cuanto a la supervivencia, la seguridad y una posición social. Cuando estas cosas no se tienen, aparecen repentinamente ataques de ira, depresión, o diferentes conflictos de personalidad, pues, se sienten vulnerables a su programación. Todos tenemos problemas emocionales debido a nuestros conflictos que hemos tenido en la vida, además del pecado que heredamos de Adán. En Cristo tenemos el camino a la liberación de esta programación.

Hay un camino genuino que puede darle inicio al proceso de transformación interior que tanto anhelamos. El Señor Jesús desea

que nos parezcamos a Él, de manera que un día lo podamos reflejar. En palabras bíblicas podríamos decir que el Señor anhela que nos santifiquemos. La manera para llegar a esta transformación es hacernos discípulos del Señor. Esta ruta de hacernos Sus discípulos nos ha de llevar a la oración contemplativa y al desmantelamiento y la anulación de los programas emocionales para la felicidad.

El Desmantelamiento De Los Programas Emocionales

Dice Lucas 14:26 “Si alguno viene a mí, y no aborrece a su padre, y madre, y mujer, e hijos, y hermanos, y hermanas, y aun también su propia vida, no puede ser mi discípulo. v:27 Y el que no lleva su cruz y viene en pos de mí, no puede ser mi discípulo”.

Una de las maneras en la que el Señor desmantela los programas emocionales es cuando Él nos mete al desierto, a los tiempos de soledad, a los tiempos de crisis, o como le llaman los hermanos místicos: a la noche de los sentidos. En estos tiempos florecen desánimos en los creyentes, pero es la manera en la que se desmantelan genuinamente los

programas emocionales. Dios no quiere que Sus discípulos deshagan sus hogares, ni que abandonen a sus esposas para ir en pos de Él; en muchos pasajes el Señor dice que el hombre debe amar a su mujer y que debe cuidarla y sustentarla como Cristo a la Iglesia. Lo que el Señor quiere hacer no es destruir los hogares, sino dismantelar los programas emocionales, y como discípulos de Él tenemos que estar dispuestos a que el Señor realice esta obra.

En cuanto a llevar la cruz, esto no es otra cosa más que obedecer al Plan de Dios. Muchas veces nosotros le llamamos cruz a lo que nos sale mal, a los problemas, a los problemas con la esposa, el marido, los hijos, etc. Sin embargo, la cruz es aceptar la voluntad de Dios, aunque esta pese más que nuestra propia vida; al igual que el ejemplo que nos dio el Señor Jesucristo, llevó la cruz y murió en la cruz porque fue la voluntad del Padre.

Al venir al Señor, cual Buen Maestro, Él empieza a dismantelar todos los programas emocionales que nosotros forjamos inconscientemente para alcanzar la felicidad. Tales programas emocionales fueron creados inconscientemente desde nuestra niñez, y éstos evolucionan en nosotros a medida que

vamos creciendo. Por esta razón es que Dios nos hace el llamado a ser Sus discípulos, para que “permaneciendo” con Él, nuestra vida sea desmantelada de dichos mecanismos de vida, y que nos demos cuenta que nada de nuestra vida sirve.

Lo Que Significa Para Un Discípulo Aborrecer Padre o Madre.

En estos versos nos podemos dar cuenta que hay condicionantes para ser discípulos del Señor. Para Dios, es necesario que nosotros “aborrezcamos padre, madre, mujer, hijos, y hasta nuestra propia vida”. Nosotros hemos creído que esto en algún momento puede llegar a ser algo que tenga un cumplimiento literal, y sobre todo, cuando el círculo de nuestra familia no conoce al Señor. Otros creen que esto nunca será necesario para ellos porque su familia es parte del Cuerpo de Cristo, y por lo tanto, siempre los podrán amar. De igual manera, cuando leemos que debemos aborrecer nuestra propia vida, pensamos que esto es para aquellos que viven en países donde es prohibido predicar el Evangelio, pero que nosotros no tenemos tal problema. El pasaje no dice lo que nosotros hemos entendido, más bien, dice claramente que “todos” los que quieran ser discípulos del

S
E
M
A
N
A
-
4
-
14
/
03
/
17

Señor deben aborrecer a su círculo familiar cercano y hasta su propia vida. Esto no debe tener una aplicación literal, pues, si así fuera la Biblia se contradice así misma. Leamos lo que dicen los siguientes pasajes:

Mateo 15:4 “Porque Dios dijo: “Honra a tu padre y a tu madre,” y: “Quien hable mal de su padre o de su madre, que muera”.

1 Timoteo 5:8 “Pero si alguno no provee para los suyos, y especialmente para los de su casa, ha negado la fe y es peor que un incrédulo”.

1 Corintios 7:10 “A los casados instruyo, no yo, sino el Señor: que la mujer no debe dejar al marido”.

Dice Lucas 14:26 “Si alguno viene a mí, y no aborrece a su padre y madre, a su mujer e hijos, a sus hermanos y hermanas, y aun hasta su propia vida, no puede ser mi discípulo. v:27 El que no carga su cruz y viene en pos de mí, no puede ser mi discípulo”. Estos versos dicen que si nosotros no llenamos ciertas condiciones no somos verdaderamente discípulos del Señor.

Una nota de consolación en cuanto a este verso: Cuando leemos estos versos la mayoría de veces, o bien nos hacemos los desentendidos por causa de ver cuan grande es lo que dicen, o bien, los miramos severamente, pero de igual manera no sabemos cómo llenar la medida de lo que dicen. Quisiera que los enfoquemos de una mejor manera, bajo el sentido que creo que el Señor los quiso enseñar.

Son dos cosas las que el Señor nos dice de manera específica: 1) Aborrecer lo que amamos; Y 2) Cargar la cruz para ir en pos de Él.

Más que estar pensando en dejar a nuestra propia familia y literalmente olvidarnos de ella, el Señor nos está diciendo estas cosas con el fin de dismantelar los programas emocionales de felicidad que le han dado un cimiento a nuestro viejo hombre. La familia reúne la mayoría de los programas emocionales que nos aquejan y que nos llevan a actuar de manera incorrecta, pues, estos precisamente se gestaron en las etapas de nuestra infancia.

En ningún momento “dejar padre y madre” se refiere a olvidar y descuidar a la familia,

porque eso no es justo. Ningún creyente debe desatender ni a su cónyuge, ni a sus hijos, ni a sus padres, pues, eso no honra a Dios. A lo que el Señor se refiere, entonces, es a dismantelar los programas emocionales que tenemos en cuanto a la familia. Hay muchos padres que dicen “amar” a sus hijos, pero son alcahuetes con ellos, no los corrigen en nada; eso no es amor, es un programa emocional que han forjado en sus corazones para encontrar “su” felicidad. Así es el ser humano, se apega a “cosas” y “personas”, y con ello crea estas estructuras emocionales con las que pretende ser “feliz”. Lo primero en nuestra vida debe ser Cristo y Su Iglesia, el Señor lo dijo claramente: *“Buscad primeramente el Reino de Dios y Su justicia...”*.

Estos programas emocionales que el Señor quiere dismantelar empezaron a forjarse desde el momento que estuvimos en el vientre de nuestra madre. Nadie guarda recuerdos en su consciente ordinario de lo que significó ser expulsado del vientre de su madre, sin embargo, es el primer terror que nos acontece al venir a este mundo. En el vientre de nuestra madre estábamos seguros, allí teníamos calor, seguridad, protección, amor, alimento, y todos los elementos físicos y psíquicos necesarios para vivir, de modo que nada nos

hacía falta; pero a los nueve meses ese tiempo se acaba, y traumáticamente nacemos en este mundo. Desde el momento en que somos dados a luz, nos empiezan a surgir traumas; para empezar nos sacan del hábitat acuático en el que estuvimos por nueve meses, luego nos cortan el cordón umbilical que era la vía de suministro que teníamos para poder vivir, luego nos pegan para que aprendamos a respirar por nosotros mismos, y así sucesivamente, tras una cosa surge otra. ¡Nacer fue un trauma! Seguido al nacimiento, llega el tiempo en el que mamá se va a trabajar, y ahora es una desconocida la que nos va a cuidar. Otros se trauman más todavía porque su mamá decidió darlos en adopción, en fin, son tantos los conflictos emocionales que van surgiendo, que el niño empieza a buscar a qué aferrarse con tal de superar dicho dolor, y así es como surgen los diversos programas emocionales.

Los procesos emocionales del hombre son complejos, algunos a medida que van creciendo se vuelven orgullosos, arrogantes, prepotentes, su fascinación es hacerse sentir superior y hostil a los demás. Lo que le sucede a tales personas es que se sienten tan inseguros, e indefensos en su interior, que crean máscaras externas de orgullo para

poder aplacar esa programación emocional que surgió en alguna etapa de su niñez. Así cada uno de nosotros tenemos un “falso yo”, el viejo hombre que se forjó en medio de nuestros lazos familiares. A esta condición de apego desequilibrado es a lo que hacen referencia las palabras del Señor cuando nos dijo que era necesario dejar “padre y madre”; no es dejar en un sentido de “abandonar, o descuidar”, sino en el sentido de permitir que nuestros programas emocionales, que se forjaron a causa de las circunstancias que se dieron en nuestro círculo familiar, sean desmantelados.

Hay quienes creen amar a sus hijos, sin embargo, para una gran mayoría sus descendientes sólo significan una ventana para alcanzar la felicidad personal, sólo son un programa emocional más. Hay padres que se esfuerzan en darles estudio a sus hijos, pero no porque los amen, sino porque desean alcanzar sus triunfos frustrados a través de ellos. El verdadero amor se demuestra al “no buscar lo propio”; hay quienes dicen “amar” a sus hijos, pero no los aman tanto como creen. Cuántos padres han buscado fácilmente el divorcio como una salida a la incomodidad con su pareja, no pensando en absoluto en las heridas que les causarán a sus hijos. Los

padres que aman verdaderamente a sus hijos procurarán darles una estabilidad familiar, demostrarán que los aman sosteniendo su matrimonio, de tal manera se demuestra el verdadero amor.

Hermanos, sólo Dios puede liberarnos de nuestros programas emocionales y de nuestros apegos excesivos. Nadie puede alcanzar la transformación si no permite que Dios le desmantele sus programas emocionales, y Dios no puede hacer esta obra en nadie, a menos que se convierta en un discípulo. Permitámosle al Señor que haga Su obra.

En una ocasión al Señor le dijeron: “... *He aquí, tu madre y tus hermanos están afuera deseando hablar contigo. Pero respondiendo El al que se lo decía, dijo: ¿Quién es mi madre, y quiénes son mis hermanos? Y extendiendo su mano hacia sus discípulos, dijo: ¡He aquí mi madre y mis hermanos! Porque cualquiera que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos, ése es mi hermano y mi hermana y mi madre*” (Mateo 12:47-50). ¿Hubiéramos tenido nosotros esta misma reacción del Señor? ¿Por qué Él contestó de esta manera tan tosca? El Señor no atendió en aquella

ocasión a Su madre y a Sus hermanos por una razón, no quería que su alma tuviera ataduras emocionales para con su familia, no quería convertir Sus relaciones familiares en un apego excesivo en su alma. No es que Jesús no amara a Su madre y a Sus hermanos, pero no quería que ellos significaran en su alma una ligadura que en algún momento lo hicieran perder su objetivo de estar en el mundo. Si a Jesús nunca le hubiera importado su madre, nunca hubiera existido el siguiente relato: *“Cuando vio Jesús a su madre, y al discípulo a quien él amaba, que estaba presente, dijo a su madre: Mujer, he ahí tu hijo. Después dijo al discípulo: He ahí tu madre. Y desde aquella hora el discípulo la recibió en su casa”* (Juan 19:26-27). El Señor sí se ocupó de su madre, sí la amó, pero no permitió que ese vínculo le activara en su alma programas emocionales para alcanzar una felicidad egocéntrica.

Hermanos, los programas emocionales son la fuente de subsistencia de todos los seres humanos, pero en nosotros los que hemos nacido de nuevo, Dios quiere ser nuestra Vida y nuestro Vivir. La manera en la que empiezan a ser desmantelados estos programas emocionales, es a medida que ponemos prioridades. Hay quienes llegan a la Iglesia

sólo cuando les sobra tiempo, cuando no se sienten tan cansados, cuando no tienen algo que hacer. ¿Por qué nos cuesta trabajo poner en prioridad las cosas de Dios? La respuesta es porque lo de Dios no entra en nosotros a la manera de los programas emocionales, no entra de manera inconsciente, si no por medio de nuestra propia decisión y voluntad. Es por ello que debemos de ejercer precisamente nuestro libre albedrío y convertirnos en discípulos del Señor para que la Vida divina tenga lugar en nosotros. La Vida divina no es un programa emocional para nosotros, ella no es parte de nuestro pasado, ella es nuestro presente, ella nos libera.